

Angel Lafuente Zorrilla

Experto en Oratoria Moderna
Licenciado en Filosofía
Tit. Sup. en RR.PP., y en RTV
Locutor Presentador TV

PREGÓN DE SEMANA SANTA

Santander, 6 abril 2019.

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis de Santander.
Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades.
Rvdo. Sr. Dean de la S.I. Catedral y Delegado Episcopal en la Junta de Cofradías.
Sra. Concejal de dinamización social.
Sra. Presidenta de la Junta General y Srs. Presidentes de las Cofradías, Archicofradías y Hermandades.
Señores cofrades.
Sr. Director y maestros de la Banda Municipal.
Señoras y señores.

Toda mi gratitud por la arriesgada decisión de invitar a este modesto ciudadano a pronunciar el Pregón de la Semana Santa de Santander. Encargo que supone un hito singular en mi insignificante historia. Gratitud al Sr. Obispo y a la Junta de Cofradías, porque me permiten compartir con ustedes algunas inquietudes en torno a la vida, pasión, muerte y resurrección de un laico como yo, Jesús de Nazaret, a quien el poder religioso de la época condenó a muerte de manera tan injustificable, que el Gobernador de Judea quiso salvarle; pero el temor a parecer enemigo del César le hizo desistir de su empeño.

Cantabria es una de mis tres patrias junto con Palencia, donde vi la luz, y con Canarias, donde trabajé bastantes años como Presentador de TVE. Aquí me asomé al misterio de la mar por primera vez. En Soto de la Marina pasé, con mis entonces once hermanos, algunos días de vacaciones en la casita humilde de una mujer tan anciana como ángel del Señor, por nombre Angeluca, que nos consiguió mi tía Mercedes, religiosa en el Sanatorio de Liencres. En Comillas, en la colina de la Cardosa -cargada de nostalgias para mí ahora, pero poblada entonces por una juventud vibrante-, estudié en dos etapas de mi vida. Y en Comillas me case con una madrileña: Fletamos dos guaguas, desde Palencia y desde Madrid, para traer a nuestras familias a Cantabria. Miren si me siento vinculado a esta bendita tierra.

Considero un Pregón de Semana Santa como un acto religioso. Les hablo desde una fe inquieta, tras toda una vida de búsquedas que no

acabarán sino con mi muerte, cuando contemple en qué columnas se apoya el universo. Planteo mi intervención bajo los condicionantes comunes a todo ser humano, con zozobras, sin amparo ante la duda, sin repuestas para todo. Desde esa fe que Bergman definió como “un dulce tormento”, y Teresa de Jesús como “un tú a Tú en las tinieblas”, y que llevo en vasija de barro, soportando la agonía de la historia, tan convulsa. Con pasmo ante el silencio de Dios frente al dolor lacerante del mundo, ante la opresión consciente, y ante la injusticia; ante la explotación del hombre por el hombre; ante la opulencia frente a la miseria; ante las guerras; ante el hambre como plaga en el siglo de la abundancia; ante el terrorismo que deja un dolor infinito en las familias; ante los millones de criaturitas, las más indefensas, que ni siquiera llegan a ver la luz porque acaban triturados en los modernos campos de exterminio; ante el escándalo de las personas sexualmente abusadas. Con tal panorama, y a pesar de que nos ha tocado vivir en la zona bonancible, la tierra me parece un lugar de infinito lamento. No hace falta más infierno: Con el que sufre el mundo, basta y sobra.

Ahora bien, junto a mi confesión de cristiano, figura la de librepensador porque, para entrar en la Iglesia, hemos de quitarnos el sombrero, nunca la cabeza. Espero que mi sinceridad con ustedes se vea correspondida con su comprensión, si en algo no coincidimos. Nuestro deber es buscar la verdad hasta el día final -el de la Misericordia total e inimaginable-, en el que seremos examinados de amor, y no del detalle de nuestras creencias.

La Semana Santa sucumbe en parte a ser marco para muchos de folklore, turismo, gastronomía... En los medios de comunicación se la considera como un verano en miniatura, tiempo de vacaciones, de sol y de playa, de gran evasión..., cuando debería ser la oportunidad para “la gran implicación”.

En los próximos días, en las calles de Santander, todos ustedes mirarán al que atravesaron: Le mirarán los que sientan repulsión ante un hombre torturado, apaleado, coronado de espinas, cubierto de sangre y de salivazos -“todo abierto y taladrado; todo de sangre vestido” como decía el poeta-, camino del patíbulo, o muerto. Le mirarán los que estiman que Jesús responde a una bella leyenda construida sobre un estereotipo ideal, a imitar por sus virtudes. Los que admiten su carácter histórico, pero mitificado. Los que le consideran un personaje singular, pero que desapareció para siempre. Los que estiman que vive, porque la muerte definitiva de un hombre tan cabal abocaría a la locura de todo el universo, y al sinsentido más desesperante. Los que le reconocen como el hombre que más próximo estuvo a Dios, o como Dios mismo hecho

hombre. Quizás de todo haya en ventanas y balcones, o en las aceras, a la orilla de los cortejos procesionales, y no dentro de ellos pues, según mi modesto criterio, en un acontecimiento religioso no deben participar sino los creyentes. Ni es adecuado, ni estético, ni riguroso integrarse en procesión alguna con la sola consigna de cumplir con una tradición familiar o social.

Todos mirarán al que atravesaron. Me dirijo a ustedes y a ellos también al margen de sus creencias, de su ateísmo o de su agnosticismo: Desde aquellos que valoran su fe como el tesoro encontrado, sustento último de su razón de vivir..., hasta quienes la perdieron o nunca la poseyeron, o a saber cómo la conciben. El P. Díez Alegría decía que “cada uno cree a su manera”; por lo tanto, en esta materia tampoco debemos juzgar. José Hierro, poeta madrileño santanderino, que se declaraba ateo, escribió estos versos estremecedores: “Voy a enfrentar a dos penas, y a dos silencios distintos: Tú, frente a Dios, cuando rezas. Y yo, dentro de mí mismo. A ver quien tiene más ansia, y más sed de lo absoluto”. Dicho de otra manera, a ver quién reconoce mejor la presencia de Dios en sus adentros. Cabe evocar hoy, bien entrado el siglo XXI, al P. Arrupe, general de los jesuitas, cuando afirmaba que “Nunca quizás estuvimos tan cerca de Dios, porque nunca estuvimos tan inseguros”.

Miraremos al que traspasaron, cuya muerte y pasión se celebra socialmente con una intensidad muy superior a la que merece la inmensa gozada de su resurrección. Sin embargo, como decía el teólogo Von Balthasar “del mismo modo que no podemos comprender una melodía hasta que no se extingue su última nota, así tampoco podemos comprender el acontecimiento de Cristo en su totalidad, más que mirándolo desde la resurrección.”

“Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”. Palabras rotundas que todo hombre y toda mujer merecería escuchar a la salida de este valle de lágrimas, en los estertores de su fin, por elementales razones de humanidad y de caridad. Con esas palabras contestaba Jesús a quien le suplicaba “Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”: Ironías de la vida, el reino de un condenado a muerte. Resuena en mi memoria la súplica de Blas de Otero: “¡Oh Dios, ya que sé que he de morir, quiero tenerte despierto!”.

Porque considero sensato que prevalezca la resurrección sobre la pasión, destaco que el Sr. Obispo de esta diócesis, en el programa de la

Semana Santa del pasado año, se refiriera reiteradamente a Jesús, como el “crucificado resucitado”. No meramente como el “crucificado”.

El lanceador del cadáver de Cristo rasgó su pleura, y brotaron las últimas gotas de sangre de un cuerpo seco, y agua, dicen los textos, a modo de símbolo de la inacabable entrega de Jesús, en una suerte de superación imposible del “Todo está consumado”.

El pueblo ha creado textos entrañables para manifestar sus sentimientos al contemplarle atravesado:

“¿Quién al mirarte -exánime, pendiente de una cruz-, expirar, buen Jesús, de compasión y lástima no siente el pecho herido?

Por tus profundas llagas crueles, por tus salivazos y por tus hieles...

Por tus heridas de pies y manos, por los azotes tan inhumanos...

Por los tres clavos que te clavaron, y las espinas que te punzaron...

Por las tres horas de tu agonía..., perdónanos, Señor”.

Pero Él ya había perdonado desde el minuto uno pues imploraba, en aquella plegaria desconcertante, “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”. Esa manera de perdonar, inconcebible desde el punto de vista psicológico, que equivale a decir “no hay nada que perdonar”, expresada en el ojo del huracán de un atroz tormento, revela que, en Aquel al que traspasaron, había mucho más que un mero ser humano. Esa manera de perdonar choca frontalmente con la imagen del Dios justiciero que hemos construido. Por eso a muchos nos parece inconcebible la condenación, y encima eterna, de un “siempre pobre ser humano”. Será necesario arriesgarse y optar, señores. Con semejante perspectiva de que “no hay nada que perdonar”, Jesús camino del Calvario, ante el cual ocultaríamos el rostro por el horror que produce, puede ser contemplado con gratitud, con paz, con amor y con una esperanza definitiva.

Tengo para mí que el temprano conocimiento que hemos recibido de la pasión y muerte de Cristo en nuestra sociedad, y su reiterada narración año tras año, nos han insensibilizado. Qué distinta sería nuestra reacción si hubiéramos conocido, en edad adulta, las noticias de aquella semana negra en Jerusalén: Que un hombre joven, del que se llegó a decir que “todo lo hacía bien”; que muestra un corazón tierno, en el consuelo y en la curación de tantas dolencias; al que un tosco pescador llega a decir que no sabe dónde ir sin él, porque sólo Él “tiene palabras de vida eterna”; que llora ante la visión de su ciudad que prevé destruida; que da de comer a multitudes; al que se proclama líder social en manifestaciones con palmas y ropas tendidas a su paso... Que a este hombre todo bondad, pocos días después, se le vea traicionado por

sus amigos íntimos, incluso vendido por uno de ellos; apresado, torturado y elevado al patíbulo para sufrir una muerte horrorosa, tras horas de atroz tormento..., nos hubiera sobrecogido, por duro que fuera nuestro corazón. Pues precisamente la Semana Santa se nos ofrece para revivir aquella noticia, sustituir nuestro corazón de piedra por un corazón de carne, y ablandar el alma.

Como evocaba el director cinematográfico Mel Gibson, “las últimas horas de Jesús, desde la agonía en el Huerto de Getsemaní hasta la muerte en cruz, es la historia del más grande de los heroísmos, del amor más grande. La historia de un hombre extraordinario que da la vida por los demás. La historia de quien, consciente y voluntariamente, va a su pasión y muerte. Ese misterio puede iluminar la vida de los hombres, sobre todo sus dimensiones más oscuras y misteriosas como es el mal y el dolor. Las heridas de Cristo en su pasión, las llagas en su rostro y en su cuerpo, tan duras a la vista, se revelen extraordinariamente hermosas cuando se descubren sufridas y soportadas voluntariamente por amor”. Y así, añado yo, aquella vociferante reclamación de que “caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos”, se convierte en una oración profética.

De manera, señoras y señores, que les pregono la Semana Santa para que vivan, con la máxima realidad posible a su corazón, el dolor y el triunfo de Jesús de Nazaret. Vuélquense, conmuévase, enternézcanse..., y déjense arrastrar por la emoción, y por las lágrimas, que son humanas por cierto, y no sólo femeninas.

Porque ¿qué pregonamos? ¿Acaso un museo ambulante, arte, peculiaridades locales, tradiciones...? De ninguna manera. La Semana Santa evoca un drama de enorme calado psicológico, que evidencia la contradicción y la ruptura íntima en que vive el hombre, siempre tan limitado. Por ella desfilan personajes que representan los mismos perfiles humanos que encontramos en los demás, y en nosotros mismos:

Los entusiastas que aclamaban a Jesús por las vías de Jerusalén, esperanzados por un reino terrenal; y que, volubles, reclaman su muerte al cabo de pocas fechas. Los fogosos que dicen disponer de valentía sobrada, pero que sucumben ante la pregunta de una sirvienta. Los que no pueden resistir el sueño. Los que dicen defender al más débil, pero prefieren no arriesgar su status, y practican la disciplina de voto contra su conciencia. Los que ceden a la envidia, los que se venden por dinero. Los que cumplen órdenes criminales, y se escudan en la obediencia debida. Los que siguen al que traspasaron..., pero desde lejos, por si acaso.

Pero por fortuna también se hacen presentes en la Semana Santa otros perfiles: Así, los que cargan con una cruz impuesta, pero la aprovechan para abrir sus ojos. Los que no vacilan al ser señalados porque, como Verónica en el lienzo, llevan impresa en su conducta la imagen de Cristo. Los que permanecen al pie de tantos patíbulos levantados, hoy por hoy, contra el ser humano. Los que arriesgan su buen nombre por solicitar la entrega de un cadáver. Los que ceden la sepultura nueva a ese cadáver: al cadáver de un ajusticiado. Y tantos y tantos otros.

La Semana Santa se abre con la entrada triunfal en Jerusalén, y los evangelistas agrupan en ella toda una serie de acontecimientos y de intervenciones de Jesús de enorme relieve, quizás realizadas en diferentes tiempos. Desde la experiencia del hambre y la maldición de la higuera, hasta la unción en Betania, durante aquella primera Semana Santa, Jesús desarrolló una intensa actividad propia de quien conoce su próximo fin, y quiere dejar arreglados todos los asuntos, y repartidos los últimos encargos y mensajes.

La Cena Pascual alcanzó un grado insuperable de densidad y de locura de amor, cuando el traidor se fue, tal y como recoge el largo reportaje que despliega Juan el evangelista: “Hijitos, aún me quedaré con vosotros un poco. No os dejaré huérfanos. Estaré con vosotros hasta el final de los siglos. No se turbe vuestro corazón. Amaos los unos a los otros como yo os he amado. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Voy a preparar un lugar para vosotros. Vendré otra vez a recogeros para que donde yo estoy, vosotros estéis conmigo”. Etc, etc. Pienso que, al salir del Cenáculo, ya de noche, tras experimentar tal derroche de amor, los once bien podrían haberle dicho a Jesús con el poeta “¿Qué mirarán los ojos que vieron de tu rostro la hermosura que no les sea enojos?”

Y enseguida la Oración del Huerto, que discurre por nuestras calles, donde se manifiesta el infinito dolor de los humanos: “Padre, si es posible, pase de mí este cáliz”. Dramático hundimiento personal de quien saborea el amargor de la vida, durante el silencio de Dios que desconcierta al poeta que dice “Mientras en la tierra consientas tantos males..., no acabaré, Señor, de comprenderte”. Ahí se encierran las preguntas lacerantes ante tantas tragedias. No sabe uno por dónde comenzar: Nueva Zelanda, Yemen, Monzabique, Venezuela, Siria... Los 35.000 emigrantes ahogados en el Mediterráneo. Los 1.000 millones de seres humanos que se mueren de hambre y de sed. Los 3 millones de niños españoles infra alimentados. El 25 % de nuestros compatriotas situado por debajo del umbral de la pobreza, según testimonio fiable de

Cáritas... Esta es la verdadera Semana Santa del mundo que dura cada año 365 días. Y, tan reciente como durísimo, por poner un solo ejemplo entre tantos, Julen, el niño de Totana, engullido por un agujero, que muere siguiendo los pasos de su otro único hermanito, y dejando a sus pobres padres enterrados en vida por un inimaginable dolor. Y salta la pregunta que Benedicto XVI se hizo frente a los crematorios de Auschwitz: “¿Dónde estaba Dios?”.

Quizás deberíamos reconocer que, en buena medida, hemos fabricado un Dios a imagen y semejanza nuestra, faltando al respeto de su Divina Majestad. El Señor ni envía cánceres, ni los cura; ni provoca catástrofes, ni las evita; pero no es ajeno a nuestra historia, ni habita en algún lugar remoto como un sátrapa inmisericorde que, aunque lllore toda España por el pequeño Julen, Él se mantiene frío e impertérrito. Quizás convendría superar el tópico piadoso de que Dios hace sufrir más a los que más ama. Mejor sería tomar en serio el mensaje más consolador que nos cabe, y afirmar con Pablo que “en Él estamos, nos movemos y existimos”; o con Agustín “Tú estás dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío, y más elevado que lo más profundo mío”.

Él Señor ha creado por puro amor un universo, necesariamente finito y limitado, que se mueve según sus propias leyes; pero lejos de huirnos, se mantiene en nosotros, incluso para sustentar nuestra propia existencia. El Señor goza y sufre con nosotros, aunque no podamos explicarlo fácilmente.

Aquel al que atravesaron conocía perfectamente esta inhabitación de Dios en todo ser humano, lo que no le impidió gritar con el universo “Padre, ¿por qué me has abandonado”, para, enseguida, y a pesar del inimaginable vacío, exclamar “¡Padre, en tus manos me entrego!”.

Discurran las filosofías; indaguen las psicologías; arguyan las lógicas. ... Elucubren, soporten, busquen, desesperen y definan, si quieren, al hombre como “un ser para la muerte”. O en el confiado abandono de Jesús en las manos de Dios encontramos luz frente al dolor, al absurdo y al siempre temprano acabamiento personal -el suyo y el mío-, señoras y señores-; o la muerte, el dolor y el sinsentido paralizan nuestra vida, y destruyen sus cimientos y sus quicios. Esta es la Semana Santa tomada en serio.

Y llegan las tres de la tarde del Viernes Santo cuando, como recordamos las gentes de cierta edad, se guardaba silencio porque a esa hora había muerto Jesús. Rememoro aquí al genial poeta, que murió tiritando de miedo y rezando el Padre Nuestro, y cuyo delito había sido llevar cultura a las gentes; y al valiente torero que cayó víctima del

riesgo que asumía cada tarde, para tomar los versos de Federico que llora la muerte de su amigo Ignacio. En ellos dos también, como en todo hombre y en toda mujer, Jesús está encarnado asumiendo su causa y su dolor.

En la cumbre del monte de la calavera, cubierto el cielo de sombras, temblando la tierra, rasgándose el velo del templo, sorprendido el militar romano que proclama “verdaderamente este era el hijo de Dios”, cambio la hora, y utilizo algunas palabras del poeta porque...

Lo demás era muerte y sólo muerte
a las tres de la tarde.

Comenzaron los sonos del bordón
a las tres de la tarde.

Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las tres de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las tres de la tarde.

Las heridas quemaban como soles
a las tres de la tarde.

El gentío huía en desbandada a
a las tres de la tarde.

¡Ay, qué terribles horas las de aquella tarde!

¡Eran las tres en punto en todos los relojes!

¡Eran las tres en punto, y en sombra, de la tarde!

¡Eran también las tres en punto, y en Gloria, de la tarde!

Se hizo la noche, de tanta oscuridad. Salieron los muertos de sus sepulcros, metáfora del cataclismo que inauguraba un nuevo mundo donde “El hará todas las cosas nuevas”. Volvía atrás el reloj del universo, al punto cero del albor de la creación luminosa, porque el Cordero había recuperado la inocencia definitiva para toda la humanidad, para toda la creación... a las tres en punto de la tarde.

Pero ¿cómo guardaría María este cúmulo de acontecimientos en su corazón? Jesús se había despedido de ella pocos días antes, con palabras en los ojos y lágrimas en la voz, como describe el poeta Valdivieso: “A morir me parto madre. Madre, quedad con Dios. Sí haréis, porque vais conmigo, y yo me quedo con vos. Amor quiere que me vaya; quiere que me quede amor. Lo mismo quiero que quiere; y así, me quedo, y me voy”.

Todos esperarán en las calles de Santander la llegada de María para contemplar su rostro, y recorrer su tristeza y su llanto, tras el hijo martirizado de manera brutal. No hay dolor semejante a ese dolor. Siete

puñales se quedan cortos para simbolizarlo. La luz de las velas brillan casi tanto como sus lágrimas, eternamente esculpidas en sus mejillas de dulzura infinita.

Cómo acogería la definitiva soledad en que su hijo se vio y en que, antes o después, todos nos veremos: “!Padre, por qué me has abandonado!”. Grito patético que escuchó María, y que a Lope le hizo exclamar:

“¿Qué sentiría su Madre
cuando tal palabra oyó,
viendo que su hijo dice
que Dios le desamparó?”

Y, sintiendo que María arranca a llorar ante tan suprema soledad, Gerardo Diego, el poeta exquisito de esta tierra, se acerca a ella y le dice:

“Déjame que te restañe
ese llanto cristalino.

Deja que, en lágrimas, bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.

¡Capitana de la angustia,
no quiero que sufras tanto!

¡Qué soledad sin colores!
Oh, madre mía, no llores.

¡Cómo lloraba María!
La llaman, desde aquel día,
la Virgen de los Dolores”.

Aurora Merchán, poetisa apenas conocida, buena amiga mía, había enterrado a varios de sus hijos, y entendía como nadie la pena honda de María cuando le dice: “Sola tu, María; sola, como madre del condenado. Sabes qué es el vacío, estando el mundo tan lleno; el silencio, gritando tanto todos; las lágrimas sin pañuelo que enjague el dolor; la mano, sin otra mano amiga; el corazón, sin escuchar un solo eco. El vacío, la sombra, la agonía... Tu sabes de soledad, María, en lo alto del Calvario...”

Y se queda la madre al pie de la cruz contemplando al que atravesaron,
en palabras de Lope de Vega....

“sin hijo, porque está muerto;
sin tierra, que todo es sangre;
sin aire, que todo es fuego;
sin fuego, que todo es agua;
sin agua, que todo es hielo.
Con la mayor soledad
que humanos pechos se vieron.
¡Cristo sin alma; y Dios muerto!”.

No sabían hasta qué punto decían verdad, en tiempos recientes, los sabios de este mundo, cuando clamaban “Dios ha muerto”. En el Gólgota coinciden el pasmo, la apertura al misterio, y la única salida de luz al porvenir de cada hombre y de la historia.

Von Balthasar comenta: “¡Qué increíble dignidad la de aquella muerte, cima de su vida y de su amor! ¡No poder realizar ya nada, no valer ya nada y, al fin, estar realmente en el último lugar!”

Les invito a que miremos al que traspasaron. Quizás surjan en nosotros sentimientos similares a los del poeta Sánchez Mazas:

“Delante de la Cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando;
y, sin ellos quererlo, estén llorando...

Y estos labios que dicen mis desvíos
quédenseme, Señor, así cantando;
y, sin ellos quererlo, estén rezando...

Y así, con la mirada en ti prendida;
y así, con la palabra prisionera,
como la carne a vuestra cruz asida,

quédeseme, Señor, el alma entera;
y así, clavada a vuestra cruz mi vida,
así, cuando llegue la hora, muera”.

Al menos he de referirme al colofón de aquella semana febril de Jesús: A su Resurrección y a la nuestra, sin la cual la Semana Santa quedaría reducida a un espectáculo sadomasoquista; o, en palabras de Pablo, a

una locura de insensatos. Él hablaba con conocimiento de causa. Puso el dedo en la llaga de la lógica, con lucidez: “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe”. Pero aporta testimonios, y escribe: “Se apareció a Cefas y, más tarde, a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía; otros han muerto. Después se apareció a Santiago. Más tarde, a todos los apóstoles. Por último, se me apareció también a mí”.

Pero -más convincente aún que sus palabras-, Pablo, a partir de entonces, vivió y murió por el crucificado resucitado. Y como él, los doce asustadizos; y algunos otros, pocos y simples al principio. No obstante aquellos precarios inicios, señoras y señores, llevamos más de 2000 años difundiendo una noticia increíble -“¡Ha resucitado!”-, donde radica la más insólita utopía, la más radical de las revoluciones -“no hay mayor amor que dar la vida por el amado”-, y la única esperanza (no nos engañemos). Lo que, al menos, nadie en su sano juicio puede afirmar es que, tras la sepultura de Cristo, “no ocurrió nada”. No resulta mentalmente sano cerrarse a la razón. Millones y millones de hombres y mujeres de todos los tiempos han entregado su vida, y la entregan hoy, al crucificado resucitado.

De Domingo de ramos a Domingo de resurrección, a diferentes horas del día y de la noche, recorrerán las calles de Santander pasos, identificados, al igual que las cofradías, con denominaciones entrañables, que no menciono porque ustedes los conocen mejor que yo, las admiran, y muchos las integran. De un millar largo de rácofrades se habla que, a lo largo del año, cuidan y veneran las sagradas imágenes, y aportan su tiempo y su esfuerzo para mantener viva la Semana Santa de Santander. Me sumo a la gratitud inmensa que se merecen.

No soy quien para ponderar el valor artístico de los pasos de sus procesiones. Pero válgame evocar con admiración a sus autores, lejanos en el tiempo, o contemporáneos, como Gema Soldevilla presente entre nosotros. Cada escultor, como decía Juan Pablo II en su carta al mundo del arte, “con apasionada entrega, busca nuevas epifanías de la belleza, y va más allá de lo que perciben los sentidos para intentar interpretar el misterio”. Del escultor se acordaba Pemán tras contemplar al crucificado resucitado.

“¡Cristo de la Buena Muerte,
el de la faz amorosa,
tronchada como una rosa,
sobre el blanco cuerpo inerte

que en el madero reposa.

¿Quién pudo de tal manera
darte esta noble y severa
majestad, llena de calma?

No fue una mano: Fue un alma...
la que talló tu madera”.

La inspiración del artista la explica así Gabriel y Galán:

“Y el amor, el imán de las almas,
le acercó la visión del Cordero:
la visión del dulcísimo Mártir
clavado en el leño.

Con su frente de Dios dolorida.
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
Con su boca de Dios sin aliento...
¡Muerto por los hombres!
¡Por amarlos, muerto!”.

Pues bien, sobre esos ojos esculpidos de las tallas de Cristo y de María que recorrerán esta ciudad, se depositaron también, a lo largo de los años, las miradas de los santanderinos que duermen ya el sueño de la paz. En esos mismos ojos coinciden el pasado, el presente y el futuro. Al ver las sagradas imágenes en las calles o en la plaza Porticada, sientan ustedes la electrizante emoción de considerar que, cuando contemplen los ojos de Jesús y de María, su mirada convergerá con las miradas de sus seres queridos, ausentes ya de este mundo: Con las de aquellos entrañables abuelos, con las de sus amados padres, con las de sus hermanos; quizás con la de aquel hijo que fue llamado a la Gloria - contra natura, antes que usted- a través de una fulminante enfermedad o de un accidente. Y piense que, cuantos pueblen Santander en los años y en los siglos venideros, depositarán también su silente oración en esos mismos adorables ojos. De manera que, esa convergencia de miradas por encima del tiempo, anticipe la cohabitación que disfrutaremos todos en la Gloria, en virtud sólo y exclusivamente del amor de Dios por el ser humano. Me inclino a pensar que Quien nos creó por amor, no permitirá ni que retornemos a la nada, ni nuestra condenación. Cómo me consuela lo que, al igual que otras almas privilegiadas, escuchó una religiosa y mística ,centroeuropea de labios de Cristo al que manifestaba su preocupación porque, según todas las

apariencias, la inmensa mayoría de los mortales se condenaba. Y en una de aquellas visiones, Jesús le tranquilizó diciéndole “No te preocupes, hija mía, que todo acabará bien”.

Miremos al que atravesaron con serenidad y compromiso por hacer el bien, que es a lo que conduce el amor, y no el temor, por muy santo que lo calificuemos. Respetando cualquiera otra posición, -y admitiendo que no tiene por qué ser certera la mía-, al leer el Evangelio pongo el acento en aquellos textos que me hablan de que Dios es Amor, de que hay que perdonar setenta veces siete. Aquellos textos que me describen al padre oteando el horizonte con el anhelo de ver el retorno de su hijo pródigo, al que ni siquiera permite manifestar la excusa que había preparado cuando no le daban a comer las algarrobas de los cerdos que cuidaba. Aquel padre que pensaba, como Jesús momentos antes de expirar, “mi hijo no sabía lo que hacía”.

Si tomáramos altura sobre la ciudad de Santander durante los próximos días, y grabáramos el paso del Nazareno por las calles; y proyectáramos luego esas imágenes a cámara rápida, observaríamos el trasiego incansable de Jesús en un fervoroso ir y venir buscándote, buscándome, buscándonos... con tan febril afán, que bien pudiéramos preguntarle cada uno de nosotros:

”¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío
sí, de mi ingratitud el hielo frío,
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el Ángel me decía:
"Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía!"

¡Y cuántas, hermosura soberana,
"mañana le abriremos", respondía,
para lo mismo responder mañana!"

Permítanme, señoras y señores, que les invite a enhebrar las procesiones penitenciales con su vida diaria. El anticipado caminar de Cristo por las calles de esta bellísima ciudad, las inunda de fulgor para

que, cuando las recorran ustedes, sepan que por allí paso antes Quien es la Luz del mundo. Las mismas calles que verán tantas afanosas idas y venidas de cada uno de ustedes a lo largo del año: calles que le recogerán a usted a la salida de ese hospital donde habrá recibido una dura noticia; calles, quizás rumbo al cementerio para dejar el cuerpo adorado de cualquiera de sus seres más queridos e imprescindibles. Por esas calles pasó antes Jesús para convertirlas en esperanza, y servirles a ustedes de Cirineo, pues que nos dijo “Venid a mí cuantos estéis cansados y agobiados por la vida, que yo os aliviare”. Calles que también conocerán la primavera, la risa y la alegría, de tantos días felices como suele proporcionar la existencia.

No vuelvan a sentirse solos nunca más en las calles de Santander, ni siquiera ante los imprevisibles golpes del destino, pues que Cristo va delante de ustedes abriendo camino; que esa es la Semana Santa que pregonamos. Así, toda alegría sobrepasará las más elevadas cumbres, y todo dolor alcanzará sentido.

Quiero entender que a ustedes, los cofrades de Santander, se dirige Jesús, como a María en Betania, para decirles “Vosotros habéis elegido la mejor parte”. Qué recogimiento, aun bajo los capirotos, qué actitud orante, qué ejemplo de fervor no han de dar a cuantos contemplan las procesiones, de manera que, incluso los más alejados de Dios, retornen a casa impregnados del misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Así contribuirán a compensar el afán meramente turístico que conlleva la Semana Santa de manera inevitable. No se trata de un mero sacar a la calle los depósitos de nuestro rico patrimonio; sino de convertir en visible el itinerario de cada mujer y de cada hombre, en el seguimiento de Cristo, “Camino, Verdad y Vida”.

Señoras y señores, la Semana Santa nos ofrece un cúmulo de consideraciones de hondo calado, a poco que alcemos la mirada hacia el que atravesaron, y percibamos un mundo que sufre dolores de parto porque la Jerusalén celestial aún no ha colocado las banderas sobre sus últimas colinas.

Mis mejores augurios para esta Semana Santa del año 2019 en Santander. Mi reiterada gratitud, como pregonero, por la invitación recibida, y por su paciente escucha.

Cierro mi tarea trayendo a su memoria un poema perenne que nunca se agota. Suprimiré el verso “aunque no hubiera infierno, te temiera” que el poeta sin duda utilizó para lograr la medida y la consonancia del soneto, pero sin advertir quizás lo que decía. ¿Temer al buen Jesús, al

infinitamente manso y humilde de corazón, al paciente y dulce Jesús que encarna todo consuelo y toda esperanza, aun contra toda esperanza?

Es un poema, que rebosa gratitud al Nazareno, para rezarlo al pie de la cruz. Acompañenme en recogimiento, por favor.

“No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno, tan temido,
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor: muéveme el verte
clavado en una cruz, y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero, te quisiera”.

Muchas gracias.